



ELIX Guattari llegó a la sala Villarroel dispuesto a abrir la acción de los debates públicos sobre psiquiatría, allí donde quedaron antes abiertos a la palabra, por Franco Basaglia. (Ver TRIUNFO número 788.) José Luis Fábregas, uno de los psiquiatras organizadores, respondió a las preguntas que se concretaban en el consabido para-qué, diciendo:

—Para romper la hucha del saber y empezar a repartir las monedas. Para inquietar; para saber que no sabemos; para saber que no sabemos, que no sabemos; para seguir dudando y desconfiando, esperanzadoramente, en que todo está por hacer.

Que somos máquinas deseantes, que el Edipo fue una póliza para asegurar la estructura familiar y que lo mejor es viajar a la máxima velocidad sin moverse de un punto (1), son algunos de los deseos pensados por este hombre que niega las etiquetas, para ponérselas todas, cómodamente.

Guattari dice ser, desde hace veinte años, gerente del Hospital Psiquiátrico de Laborde, y se ocupa por igual de la administración que de la animación.

¿Qué hacer de un personaje que no quiere ser conocido por sus libros, o su pasado, sino por el ahora? Seguir sus pasos. Observarle, por ejemplo, comer en un restaurante de Barcelona. Oírle decir las frases que alimentan.

—Los españoles me han parecido el pueblo menos paranoico de Europa.

Después de esta advertencia, Guattari se sume en sus pensamientos y trata de sintetizar en una frase la charla de la sala Villarroel.

—Hace falta saber lo que sí hay que pensar y hacer, a la vez que hay que saber sobre lo que no hay que pensar ni hacer.

—Yo creo que la universalidad de la teoría sólo es, en un espacio dado, para un grupo dado y en un momento dado.

"Rizoma", su libro más importante, aparece en la conversación. A Guattari no hace falta preguntarle. Pasa por encima de los posibles interrogantes, como si fueran obstáculos simpáticos y él un corredor empedernido detrás de las metas cambiantes. Jugando la dualidad, se pregunta y se contesta a sí mismo, en una suerte de absurdidad

(1) "Rizoma", Gilles Deleuze y Félix Guattari. Pretextos.



Guattari: "Si yo psicoanalizara, atendería a la gente dos horas, y no un minuto, como se suele hacer".

GUATTARI Y LA PARANOIA REAL

SARA AZCARATE

coherente, que hace más sugestivo el seguirle sin interrupciones.

—Ni marxista ni antimarxista —se desborda—. Yo milité más de treinta años. Siempre lo hice en situaciones muy bloqueadas. Por el estalinismo, por la fuerza de la burguesía, por el pequeño y extremista grupúsculo de izquierdas. En definitiva, por todos. Ahora, después de diez años, me doy cuenta de que la situación se desbloquea en los puntos esenciales. Hoy, el problema que antes interesaba a cien personas se expone y se activa por diez mil. La familia, la locura, la condición de los niños, la mujer, la droga son temas del dominio público. Considero, sin embargo, que la actual crisis es muy cruel para millones de personas. El vagabundeo, los parados, la falta de perspectivas son tangibles y soy muy pesimista acerca del futuro inmediato. Creo que todo irá peor en Europa. Especialmente en Francia (los franceses no habían votado a la derecha), España, Italia... Pero, en otro plano, es precisamente eso lo que va a desbloquear la situación, porque se van a perder las ilusiones.

"La ecología ya no es cosa de unos pocos, interesa a todos. Lo

mismo en el caso de las luchas de las mujeres. Ya no son pequeños grupos de marginados. Al igual que en la clase obrera, se rechaza ya la ideología del trabajo y no se acepta que éste deba funcionar solamente en el cuadro del capital. Cierta sector obrero en Francia quiere cambiar la calidad misma de su trabajo, cuestionar la jerarquía. La autogestión de los trabajadores es activada por los grupos más dinámicos, desde fuera de los partidos.

"Estar contra la jerarquía no es estar por la igualdad"

Eso dijo, claramente, Guattari, añadiendo:

—La igualdad viene dada por los gustos personales, por las singularidades. Yo no voy a dar de comer a todo el mundo, pero si actúo, si saco mi saber, si decido, muchos dicen que me vaya. Eso no es así. La revolución necesita decisiones. No se trata de repartir la idiotez y la pasividad. Se trata de que el saber y las decisiones no impidan actuar a la mayoría de la gente.

—La creatividad, la autogestión, cuestionar la jerarquía, no debe responder a preocupaciones por la

moral y la igualdad, sino a la necesidad de encontrar medios eficaces para permitir, a las mujeres, niños, hombres, viejos, homosexuales... incorporarse a la lucha en el respeto. Es decir, sin abandonar su situación particular. Me refiero, por ejemplo, a la lucha que llevan las mujeres, en la que han de ser como hombres para conseguir algo. A los jóvenes que militan y han de pensar como si tuvieran sesenta años, que es la edad de los dirigentes del comité central. Creo que hay contradicciones que es mejor no superar, no dialectizar.

Preguntarle a Guattari por el psicoanálisis, cuando su pensamiento ocupó ya cuatrocientas páginas, es negarlas. Sin embargo, sabe que cuando hay algo por decir, se dice de múltiples maneras, en cualquier tiempo y espacio.

—Si yo psicoanalizara, atendería a la gente dos horas y no un minuto, como se suele hacer. Me metería en todo. La familia, el trabajo, los amores, y no conozco ningún analista que haga eso. El psicoanálisis ha de ser hecho durante todo el día, por todo el mundo. ¿Qué es eso de nombrar especialistas del inconsciente? El psicoanálisis instituido es ni más ni menos que la infantilización de los deseos. No puedes decir que te gusta alguien sin que te digan que eso te pasa porque tu padre o tu madre hicieron o dijeron... Basta.

—Todo ese infantilismo que nos introyectan sólo sirve para rechazar el dolor, la muerte y la locura. Es un infantilismo que, en cambio, no tienen los niños. Los adultos son los infantiles y tratan seriamente de infantilizar al niño. Por ejemplo, ciertas mujeres juegan todavía a ser niños con el hombre. A mí no me gusta hablar de mujeres y hombres. Esta mano es la tuya. El deseo está atado siempre a imágenes totalitarias. ¿Quieres que te coja la mano? Ahora sí. Después es posible que no tengas ganas. Si me dejas cogerla, te preguntaré luego por qué no me dejas. Podemos cambiar de idea cuantas veces queramos. Coger tu mano, haber dormido contigo, no representa que podré hacerlo siempre, que tengo derecho a seguir haciéndolo, porque el único derecho es el derecho a ser diferente.

—El psicoanálisis participa, igual que los partidos, porque propone que el inconsciente, que concierne a un solo individuo, pueda pertenecer a un especialista. Así nos roban el proceso del inconsciente en la

sociedad. Si se guarda nuestros procesos el especialista, no podemos ser dueños de nosotros. Han prohibido a la gente hacerse cargo de su propio estudio por sí misma. Si se confía el inconsciente al técnico, se impide que el deseo sea un problema social. En París hay ya un psicoanalista que tiene un programa radiofónico. El problema es que el psicoanálisis moderno agrava el reaccionarismo. Reducir todo a un problema de lenguaje (se refiere a la escuela lacaniana) es reducir. La inclusión que, en cambio, debiera producirse en el psicoanálisis es la de todas las cosas que forman la vida de cada uno. Pero eso lo desbarataría.

—Los psicoanalistas harían bien

rá una revolución social, una revolución de deseos, una revolución de poesía.

La salud entre la paranoia y la ingenuidad

Que Félix Guattari dijera que somos el pueblo menos paranoico de Europa no es, como a primera vista parece, una felicitación.

David Cooper llama paranoia real a la necesaria desconfianza y suspicacia que la visión sana de la realidad debe producirnos, por diferenciarla de la paranoia loca, que sería confundir la identidad de los enemigos, creyendo que están fuera y son marcianos, o que están dentro y uno es Napoleón.

de todo. Me ocupo por igual de ordenar que de desordenar como loco.

Sonríe y da la impresión de ser el gerente y el "clown", pero es fácil imaginar que esa es una dura lucha contra la institución psiquiátrica. Se niega a comentar sus ensayos, como diciendo que ahí están y que nosotros estamos desayunando en la cafetería del aeropuerto.

Decirlo todo directamente, eso quiere. Una vez lanzado, dice las cosas, cosiéndolas unas a otras, dando a entender que es tan importante hablar de con quién se vive como de lo que se puede hacer ante la famosa crisis económica.

—La izquierda aquí, al igual que en Francia, no tiene ninguna opor-

provocaron las guerras del catorce y del cuarenta.

—¿Crees que la derecha dará un golpe?

—Si no hay una izquierda sumamente nueva, la derecha dará un golpe, seguro. Pero si la izquierda sigue haciendo una política de derechas, lo normal es que de cualquier manera gane la derecha. En el fondo, nadie quiere cambiar su cuadro de valores, por eso habrá cada día más control social.

"Existirá una pequeña aristocracia social, en el sentido de tener un trabajo y lo necesario. El resto será un enorme "ghetto".

—¿Como en Inglaterra?

—Sí. Pero ellos tienen mejor economía y ya están saliendo. Creo que la sociedad va a estar pronto controlada por una burguesía capitalista burocratizada que lo va a cuadrar aún más todo. Y si no, mira a tu alrededor —Guattari pone cara de escalinata de Odessa, y sus cabellos grises apuntan en abanico a los demás.

—¿Qué hacemos hoy? Fabricar objetos horribles —y coge su taza de té, hecha de plástico— en la medida que permite al capitalismo sobrevivir. Todo esto hace que orientemos la fuerza de trabajo en un solo sentido: reforzar la estructura del capital. Puedes imaginar que hay mejores cosas que hacer.

"Todos esos edificios horribles que hay viniendo hacia aquí son energías que se consagran a un tipo de vida que impide el desempleo, pero obliga a vivir reclusos en esa clase de viviendas. No se encuentra trabajo por ser demasiado joven o demasiado viejo. ¿Qué es todo este sistema idiota? Hace falta pararlo.

Los altavoces anuncian el vuelo y se escucha a la fuerza el sonido de los aviones, impertérritos.

—El sistema que organiza este modo de producción, este modo de vida, es incapaz de cambiar por sí mismo, no puede más que reforzarse en su propio impasse. ¡Son ellos los utopistas! No somos nosotros los locos, son ellos. Nos llevan a catástrofes que no pueden ni imaginar. No es la paranoia profética, es la real, la propia historia, nos llevan al final. Si quieres trabajar, trabajas. Pero si te da por hacerlo, cambiando, no. Cualquier cosa que quieras cambiar no te dejan. Lo único que les interesa es repetir y ocultar los errores y para hacerlo generalizan, filtrando una información falsa. La única diferencia es que ahora operan con la bomba de neutrones. ■



"La paranoia loca sería confundir la identidad de los enemigos, creyendo que están fuera y son marcianos, o que están dentro y uno es Napoleón".

en estudiar a Proust, Joyce, Beckett o Kafka para hacer psicoanálisis. Yo aprendo más con Virginia Wolff que con Freud.

Félix Guattari empieza el postre. —Creo que eso que nosotros vivimos como una crisis local es, en realidad, el principio de una revolución. Pero una revolución que no se parece en nada a las que hemos conocido. Una revolución que no cambiará solamente la calle, o el Parlamento, sino que se agitará en la familia, la escuela, el taller, y en las relaciones de cada uno con su propio cuerpo, su sexualidad, su manera de vivir el ritmo de la vida, de percibir el cosmos. En suma, se-

"La paranoia loca, el delirio, oscila entre el polo paranoico fascista y el esquizo-revolucionario" (2).

Son las nueve de la mañana en el aeropuerto del Prat. Félix Guattari vuelve a París, viajando de un punto al otro, sin variar el hilo de su pensamiento y en el último instante se intenta conocer su trabajo con preguntas que configuren su quehacer día a día.

—¿Qué haces en la clínica de Laborde?

—Trabajar en equipo. Yo voy unos cuatro días a la semana. Hago

(2) "El Antiedipo". Capitalismo y esquizofrenia. Gilles Deleuze y Félix Guattari. Berrai.

tunidad, porque no tiene conciencia de la internacionalidad de la crisis. Carecen de la conciencia de la transformación que hay que hacer en uno mismo para ser un buen operador de cambio.

"Lo que está claro es que están desarmados ingenuamente, como estuvo en Europa la izquierda, antes de la segunda guerra mundial. En España, la izquierda debería estar más paranoica de lo que está. En el resto de Europa, por lo menos en los países más importantes, ya se han dado cuenta y las personas actúan con una visión que trasciende toda nacionalidad. Estamos en una crisis tan grave como las que